

A los sesenta años del fin Enero de 1921

HACE ahora sesenta años, en los inicios de 1921, finalizaba la guerra civil rusa. A los iniciales intentos contrarrevolucionarios apoyados por los países occidentales para derribar al naciente poder soviético, seguirá la obligada aceptación de la realidad del fortalecimiento del nuevo régimen. Solamente comparable en este siglo al apasionamiento despertado en Europa por la guerra civil española, el conflicto interno ruso anima y divide durante tres años a la opinión pública y a los gobiernos de los países democráticos. De hecho, la guerra civil servirá en definitiva de forja para el sentimiento patriótico soviético, fortaleciendo al régimen y, a otro nivel, haciendo posible la creación del Ejército Rojo, forma más visible del expansionismo estaliniano que, a mediados del año 1945, ocupará alguno de los centros más vitales del continente europeo.



de la Guerra Civil Rusa:

José María Solé Mariño



Nicolás II y el zarevitch con las cuatro grandes duquesas, rodeados por la Guardia Imperial en el parque de Tsarkoie Selo. Son los últimos días de la monarquía rusa.

La paz de Brest-Litovsk: los inicios de la intervención extranjera

DESDE los primeros momentos de la revolución rusa, en febrero de 1917, grupos decisivos civiles y militares de la Alemania en guerra intentan aprovechar al máximo una situación única que puede resultar de enorme utilidad en varios aspectos. Por una parte, la convulsión revolucionaria no puede dejar de tener consecuencias a muy corto plazo sobre la organización y la moral del ejército ruso, cuyos altos mandos son ahora puestos en entredicho por la amplia base, compuesta por miembros de las clases aparentemente beneficiadas por el cambio revolucionario. Otro aspecto de la cuestión no es menos importante que el debilitamiento militar: se trata del fundamental tema económico. Casi agotada por la duración de una guerra de cerco, Alemania precisa tanto proveedores seguros de materias primas como mercados de colocación de productos manufacturados y terreno propicio para la inversión de capitales excedentes. La inmensa Rusia, con su organización trastocada aparece ahora como un inmenso y aprovechable campo para todas estas actividades.

Sin embargo, el Gobierno Kerenski man-

tiene sus compromisos con los aliados y no retira a Rusia de la guerra. Los meses que median entre las dos convulsiones revolucionarias van a observar, pues, toda una larga serie de intentos alemanes para provocar un vuelco en la situación. El acceso de Lenin a Petrogrado a través de Alemania será el factor externo determinante de esta actitud de los mandos germanos, decididos a destruir el débil ensayo de democracia de corte socialdemócrata a la europea que intentan los grupos moderados instalados en el poder en Rusia. Elevado Lenin al poder por la fuerza del empuje bolchevique y la debilidad y desunión de sus oponentes políticos, la situación se viene a clarificar rápidamente. Lenin necesita una tregua para iniciar el camino de la revolución, así como inmediatos auxilios económicos ante la catastrófica situación que presenta el país, lo que hace peligrar la supervivencia del sistema recién implantado.

A pesar de los intentos de los aliados por mantener a Rusia dentro del conflicto, los bolcheviques se inclinan ante las presiones alemanas. De esta forma, a una serie de acuerdos de paz firmados con los países limítrofes en lucha, los delegados soviéticos aceptarán en la ciudad polaca de Brest Litovsk las condiciones alemanas, tras una serie de hechos confusos y contradictorios que



Marzo de 1917. Tropas revolucionarias abandonan Petrogrado por ferrocarril. Ha caído el régimen zarista y el Gobierno Provisional se ha hecho cargo del poder.

en muchos momentos parecieron hacer peligrar la consecución del tratado, firmado finalmente el día 3 de marzo de 1918. Por él, Rusia, a cambio de una paz que necesita desesperadamente, es despojada de unos territorios que totalizan una cifra no inferior al millón y medio de kilómetros cuadrados, con unos sesenta millones de habitantes en total. Se añade además el reconocimiento de la independencia ucraniana, colocando a la región bajo mando directo alemán, ejercido por medio de autoridades locales encabezadas por el **hetman** Skoropadski, gobernante títere de los ocupantes (1).

Alemania, en posición de fuerza, pero también precisando urgentemente la paz en el Este, ofrece a cambio de estos sacrificios y servidumbres políticas y económicas la posibilidad de que los bolcheviques inicien su programa de nacionalizaciones e inicial establecimiento del sistema social y económico previsto en teoría por los ideólogos del nuevo poder. De esta forma, hasta noviembre de 1918, cuando la derrota alemana marque el final de la guerra en Europa, la economía rusa está casi totalmente en manos de Alemania, que ocupa importantes fracciones de territorio de la República soviética.

La intervención extranjera

La posibilidad de intervención por parte de los países occidentales había aparecido in-

mediatamente después de ser conocidos los decretos de nacionalización de todas las inversiones extranjeras dentro de Rusia. El general Foch preconiza, ya desde finales de 1917, la creación de un **cordón sanitaire** con la finalidad de evitar el contagio y expansión de la revolución. En base a estas dos causas, las potencias occidentales adoptan, en el verano de 1918, la firme determinación de destruir el régimen soviético a través de la ayuda que prestarán a las fuerzas contrarrevolucionarias que actúan ya en el interior de Rusia. En esas fechas, tropas británicas y francesas han desembarcado en el norte de Rusia, mientras norteamericanos, japoneses e incluso italianos hacen acto de presencia en el extremo oriente.

Es el comienzo del cerco que el mundo capitalista va a tratar de extender durante los siguientes tres años con el propósito de asfixiar y hacer inviable la existencia de un régimen que representa los principios más temidos por las burguesías dominantes en Occidente. La demostración de la posibilidad efectiva que una revolución tiene para producirse, y que los hechos de Petrogrado han demostrado de la forma más palpable, va a ser el fantasma que vuela sobre Europa, que en los primeros meses de la tan deseada paz conocerá en su propia carne la llama de la revolución (2). Moscú enarbola ahora la antorcha de la revolución mundial. Mientras su propio territorio va a ser desgarrado por la

(1) Ver: «Los ucranianos», en *TIEMPO DE HISTORIA*, núm. 68. Julio de 1980.

(2) Ver: «Noviembre de 1918», en *TIEMPO DE HISTORIA*, núm. 50. Enero de 1979.

guerra civil con intervención extranjera, los acontecimientos de signo revolucionario que sacuden a la Europa central mantendrán viva durante algún tiempo —centrado en el año 1919— la esperanza de la consecución de esa revolución mundial que empuja a amplias capas del proletariado europeo, y que aliviarían a la Rusia bolchevique de su solitaria posición ante el mundo. Los sucesos revolucionarios de Alemania y Austria; el temporal éxito de los estallidos sociales institucionalizados de Baviera y Hungría; todo ello, para las extensas capas sociales burguesas, no es más que un efecto de los acontecimientos de Rusia. Por ello, no cabe más que una enérgica acción para terminar definitivamente con la causa de esa temida agitación que amenaza la existencia misma de los sistemas demoliberales.

A lo largo de toda la guerra civil —entre septiembre de 1918 y enero de 1921— los aliados no van a aportar en ningún momento material humano a utilizar directamente en la lucha, sino que su ayuda se concretará en la aportación de gran cantidad de capitales, provisiones, armamento y municiones. Esta actitud, que les permite una total intervención sin caer en un protagonismo físico directo, se mantendrá a lo largo de las sucesivas y complejas vicisitudes por que atravesará la contienda civil rusa. La contención de la revolución, unida a aspectos más concretos y tangibles, tales como la recuperación de los bienes y capitales depositados en Rusia además del acceso al inmenso mercado que representa el país en total dislocación, mantendrá así erguidas las armas hasta que el triunfo final de los bolcheviques determine la definitiva situación.

El reparto de influencias: la insubordinación de las tropas aliadas

Desde los primeros momentos de la intervención van a delinearse de forma muy concreta las diferentes zonas de influencia que, sobre el territorio ruso, se reparten las potencias interesadas. La Gran Bretaña, la primera potencia mundial del momento, se reserva el Cáucaso, debido a sus yacimientos de petróleo y a su condición de zona más cercana a su colonia de la India. Los británicos pasan también a ejercer su control sobre la región del Don y, más al norte, sobre el litoral báltico. Francia, por su parte, escoge a Ucrania, donde se habían localizado la mayor parte de los capitales que el Gobierno de

París había concedido en empréstito al régimen zarista, y que representaban fundamentalmente el ahorro de amplios sectores de la pequeña burguesía francesa, que ahora presionaba a su Gobierno para tratar de recuperarlos. Añade además Francia la península de Crimea y grandes zonas de Polonia a su sector de influencia.

Japón aprovecha, por su parte, la circunstancia para establecer una sólida cabeza de puente en el extremo oriental, frente a sus costas, alrededor del gran puerto de Vladivostock. Son los inicios del gran expansionismo nipón, que en los años siguientes habrá de extenderse sobre el territorio chino. Los Estados Unidos, fieles a su aislacionismo y dirigidos por la política pacifista de Wilson, aportan simbólicamente, al igual que Italia, algunas tropas, pero su presencia no tendrá la menor importancia en el desarrollo de los acontecimientos. De hecho, la ayuda aliada será en todo momento, a lo largo del conflicto, de carácter dudoso, insuficiente y disperso.

Francia y Gran Bretaña nunca llegarán a unificar posiciones para una acción común



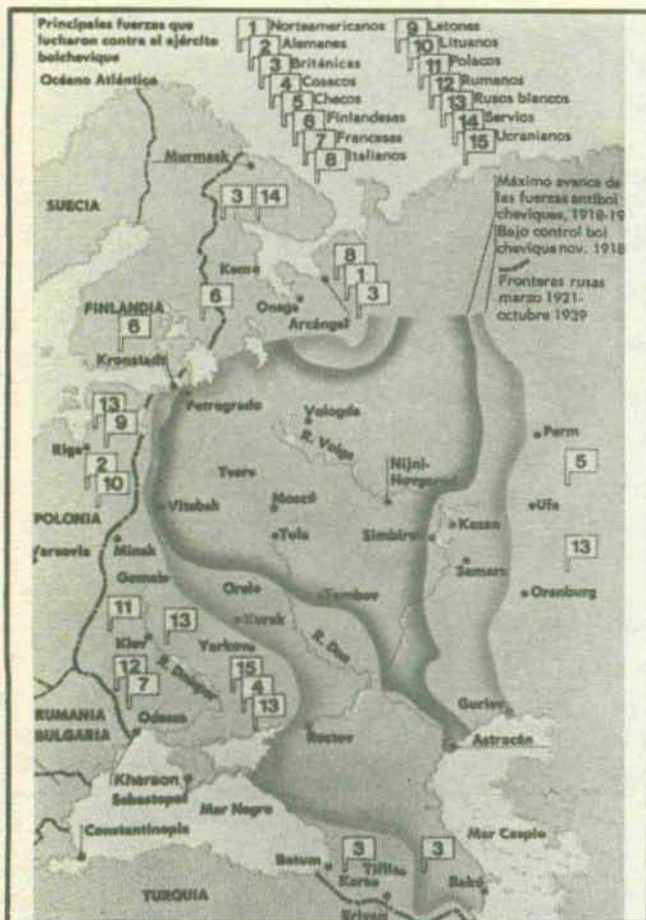
El Kaiser Guillermo II recibe al hetmán Skoropadski, cabeza del Gobierno títere que la ocupación alemana ha instalado en Ucrania en los primeros meses del año 1918.

fortalecedora del bando al que apoyan. Gran Bretaña respalda al democrático general Denikin, mientras Francia sostiene de la forma más evidente al monárquico y reaccionario Wrangel. A esta disensión básica se unen los repetidos actos de insubordinación por parte de las fuerzas enviadas a Rusia. Los soldados se encuentran cansados de una larga lucha de cuatro años y ahora protestan ante su obligada participación en un conflicto ajeno. Por otra parte, el factor ideológico también hace notar su presencia. Muchos soldados occidentales mantienen posturas políticas que, en conciencia, les impiden ayudar al aplastamiento de un régimen con el que se sienten identificados. Por pertenencia a las denominadas clases populares concienciadas, o por pura convicción política, gran cantidad de antiguos combatientes en la primera guerra no ven en el poder bolchevique más que a un enemigo de las tradicionales clases poseedoras, y por ello no están dispuestos a intervenir —si bien no directamente en la lucha— con su presencia en una victoria más del gran capital.



El Presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson (1856-1924), verdadero árbitro de la política internacional tras el final de la Gran Guerra y profeta del nuevo orden mundial, basado en gran medida en un utópico idealismo.

En los primeros meses de la intervención, tanto en el sector norte como en el del sur, se suceden las negativas violentas a la estancia de las fuerzas expedicionarias enviadas a los frentes de batalla con ánimo disuasorio hacia los bolcheviques. Las fuerzas británicas y norteamericanas se verán afectadas por el desorden, pero donde se hará más evidente la contradicción entre los altos y los bajos niveles de la tropa será en el Mar Negro. Allí, la marinería de los buques franceses surtos en el puerto de Odesa se subleva negándose a entrar en una lucha, no solamente considerada ajena a sus intereses, sino en muchos casos contraria a sus convicciones. Como consecuencia de esto, Francia se verá obligada, —en abril de 1919— a retirar definitivamente de la zona a sus fuerzas navales. El Gobierno de París no tiene el menor interés en provocar disensiones sociales dentro de sus fuerzas armadas, suficientemente politizadas ya dentro de la convulsa Europa del momento. Lenin, comentando estos hechos, escribirá: «Tan pronto como la burguesía internacional levanta la mano contra nosotros, sus propios obreros la golpean con el puño». Optimista y esperanzado análisis de unos hechos que, por aislados, no son menos sintomáticos de toda una nueva situación creada en el continente tras la finalización de la destructora primera guerra mundial, y de la que constituyen una entre tantas otras secuelas.



Mapa de Rusia durante la guerra civil. En el centro, el territorio dominado por los bolcheviques. Al norte, las ofensivas de las fuerzas aliadas y del general Miller. Sobre el Báltico, el general Yudenich acosa Petrogrado. Al Este, la presencia del almirante Kolchak, la Legión Checa y los cosacos blancos. En el Sur, los aliados respaldan, primero a Denikin y Krasnov; y más tarde, al general Wrangel.

Intervencionistas, pacifistas, pragmáticos

Sin embargo no es momento de euforia para los dirigentes soviéticos, ya que ese año de



Kerenski, jefe del Gobierno ruso durante la primera etapa de la Revolución, acompañado por su Estado Mayor. Cuando los acontecimientos de octubre entreguen el poder a los bolcheviques, marchará al exilio junto con sus colaboradores más íntimos.

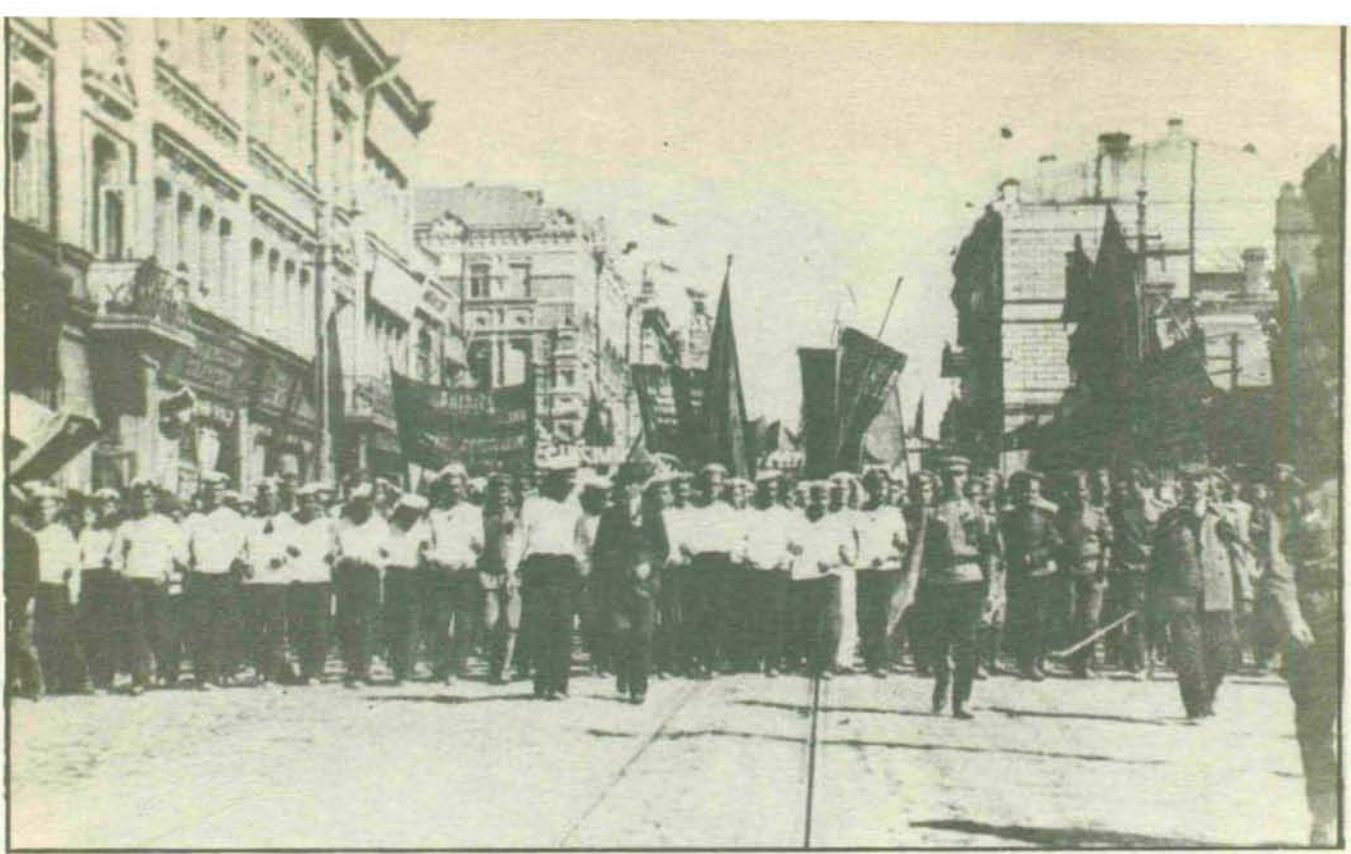
1919 marcará los momentos más sombríos de la guerra para el poder revolucionario. Será cuando el propio Lenin llegue a afirmar que hubiesen bastado unos cuantos cientos de miles de hombres para hundir sin remisión al régimen comunista en Rusia. A fines de año es necesario aceptar ya el fracaso de las experiencias bávara y húngara, y solamente las repetidas tentativas de paz llevadas a cabo por el presidente norteamericano parecen ayudar a levantar la situación de los dirigentes soviéticos.

Wilson, partidario de una finalización del conflicto, no cesa de intentar el arreglo bajo cualquier forma admisible por ambos bandos. Tras el fracaso de una misión enviada al propio Moscú, el presidente norteamericano propone la convocatoria de una conferencia entre todos los participantes en la guerra. Esta reunión, que tendría lugar en la Isla de los Príncipes, sobre el Bósforo, se verá también frustrada ante la negativa de los generales blancos, influidos por una Francia que no admite la menor concesión a los bolcheviques. La única solución posible para la victoriosa Francia de Clemenceau es la victoria total sobre los revolucionarios, y por ello no acepta de ningún modo cualquier solución pactada.

En Londres, los partidarios del cese de la in-

tervención y de las hostilidades están encabezados por el propio primer ministro Lloyd George, que gradualmente se va aproximando a las tesis de Wilson, y alejándose por tanto de las mantenidas por el Gobierno francés. Pero por el momento, los más poderosos hombres de negocios y financieros están interesados en una profunda penetración económica en Rusia, y su decisión prevalecerá durante el tiempo necesario. Winston Churchill y Lord Curzon encabezan dentro del ámbito político el partido de los más decididos intervencionistas. Radicalizada la situación, la opinión pública inglesa sufre también en su seno una división similar a la que enfrenta a los distintos sectores del cuerpo político.

Wilson, con una evidente lucidez, había afirmado a favor de la pacificación: «Tratar de detener un movimiento revolucionario por medio de ejércitos regulares, es emplear una escoba para detener una gran marea». Pero en definitiva, el pragmatismo vendrá a decir la última palabra. Ya a principios del año 1920, visto el desarrollo irreversible de la guerra, que indica la victoria del bando bolchevique y la derrota indudable de los contrarrevolucionarios a pesar de contar con la ayuda exterior, los británicos abrirán las primeras puertas a interesantes intercam-



Primero de Mayo de 1917. Los marinos se manifiestan en la ciudad siberiana de Vladivostok. Es la primera Fiesta del Trabajo celebrada bajo el signo revolucionario. Todavía los bolcheviques no han asaltado el poder.

bios comerciales con un Gobierno ruso deseoso de salir de su aislamiento. El final de la guerra civil no hará más que facilitar, un año más tarde, la progresiva institucionalización de las relaciones comerciales —y más tarde políticas— de Rusia con los países occidentales, que finalmente se han dado cuenta de la conveniencia de unas relaciones pacíficas, que les ofrecen mayores beneficios, en lugar de intentar un dominio económico por medio de la lucha armada. Tras esta toma de posición, el sistema soviético se estabiliza definitivamente, después de haber sobrevivido a todos los ataques lanzados en su contra.

La sociedad rusa y la guerra civil: el comunismo de guerra

Destruídas las esperanzas de implantación en Rusia de un sistema socialdemócrata de signo burgués, los sectores de clase media, predominantes sobre todo en las ciudades aunque muy exiguos numéricamente, se van a mantener en una apartada y temerosa expectativa ante los hechos revolucionarios. Sin órganos de expresión propios, al ser confiscada la prensa burguesa, este sector será el primero en sufrir los embates de la nueva situación. Son nacionalizadas las empresas privadas, la banca y los empréstitos al Estado, lo que priva a la burguesía de sus fuentes de poder. Las clases medias, que a lo largo

del siglo XIX habían representado la oposición al régimen zarista y habían encontrado su expresión por medio del partido socialrevolucionario, legítimo heredero de la **intelliguentsia** decimonónica, se ven ahora superadas por otro revolucionarismo mucho más avanzado, y que no permite la existencia de zonas sociales que simbolicen otras soluciones a una nueva situación. Ante la guerra civil, pues, la postura de la burguesía no puede ser otra que la de la abstención. Presionada por el temor a los bolcheviques, no puede sin embargo apoyar a las fuerzas contrarrevolucionarias, que representan aquello contra lo que había luchado durante generaciones.

Las libertades obreras, bandera de lucha de los revolucionarios de octubre, van a sufrir severos recortes como consecuencia de la guerra civil. La necesidad de un alto aumento de la productividad obliga a las autoridades a adoptar una serie de medidas que están en absoluta contradicción con los principios enunciados por los líderes revolucionarios. Con ello, las condiciones de trabajo son afectadas en forma negativa respecto a salarios, horas de trabajo, nivel de producción obligatorio, y otras notas definitorias, tales como la desaparición del derecho de huelga. Solamente la situación de guerra, que viene en cierta medida a justificar estos radicales cambios de dirección, unida a la real convicción revolucionaria de la mayor parte del proletariado industrial ruso —que



El día 3 de marzo de 1918 se firma la paz de Brést-Litovsk, entre el Imperio alemán y la Rusia revolucionaria, que viene a perder con ello extensos territorios. En la imagen, la delegación soviética.

constituye en este momento la clase social más homogénea— impide que este decisivo sector se levante, salvo en casos muy concretos y aislados, contra las autoridades soviéticas, aduciendo una clara traición a los fines por los que había luchado sirviendo como cuerpo material de la revolución y apoyo de la minoría bolchevique que había logrado encaramarse al poder.

Burgueses y obreros suponen fracciones sociales de fundamental importancia en esos decisivos momentos. Pero de hecho, la inmensa mayoría de la población del antiguo Imperio Ruso está compuesta por campesinos. Desaparecidos de escena los grandes propietarios, son ahora los campesinos de nivel medio los que en las zonas rurales marcan la tónica de la situación. La reforma agraria, decretada por el nuevo Gobierno, no puede llevarse a cabo debido a dificultades técnicas de incomunicación de amplias zonas y de falta de personal administrativo capaz para desempeñar los cargos necesarios para la gigantesca obra. Por todo ello, la situación se mantiene inmutable para una gran mayoría de la población rural, base tradicional de la sociedad rusa.

Será este sector, una vez más, el que reciba con mayor dureza las consecuencias de unos acontecimientos a los que apenas ha contribuido y que, sin embargo, se han provocado en su nombre. La mortandad, unida a las *miserias materiales* que toda guerra produce contribuyen a alejar al campesinado ruso de

las nuevas autoridades, que organizan rápidamente requisiciones de alimentos de forma obligatoria y que a cambio no ofrecen ningún tipo de compensación concreta. Con todo, la actitud pasiva del campesinado será uno de los factores clave para la derrota de las fuerzas contrarrevolucionarias, que si bien por una parte representan el tradicional continuismo, por otra anulan los inicios de la reforma agraria, ejercen las mismas violencias que los bolcheviques y además están apoyados —nota psicológica importante— por fuerzas extranjeras. La extensa clase campesina, futuro foco de perturbaciones para el Gobierno soviético, vendrá a ser de nuevo manipulada en interés de quienes en momentos concretos dominan por las armas los distritos no urbanizados.

La guerra civil señala también los primeros pasos de una institución que, hasta hoy mismo, marca ya indeleblemente la vida de los ciudadanos soviéticos. Se trata del **mercado negro**. Desde los inicios de la revolución, la falta de alimentos se hace notar gravemente en las ciudades. Los transportes y el intercambio carecen de seguridad, lo que favorece la aparición de un nuevo nivel de intermediarios, situados al margen de los canales legales, que hacen posible la adquisición de bienes de consumo a una población sometida a constantes restricciones de todo tipo. El **mercado negro**, actuando dentro de ámbitos marginales, pero contando en ocasiones con sospechosos contactos con los ni-



El general zarista Kornilov, cabeza del fracasado putsch contra el Gobierno provisional en septiembre de 1917. Morirá en acción bélica mientras dirige las operaciones de los ejércitos blancos en los frentes de Ucrania.

veles oficiales de intercambio, irá convirtiéndose en una forma tan utilizada como la legal para el cotidiano aprovisionamiento de los habitantes de la Unión Soviética.

El denominado **comunismo de guerra** como sistema económico estará vigente hasta la finalización del conflicto civil. Básicamente sus fines están dirigidos hacia una reorganización de la industria, un aumento del rendimiento laboral y el aprovisionamiento eficaz de las ciudades y del ejército. Las medidas tendentes a la instauración de este régimen terminarán por minar definitivamente cualquier forma de intereses privados que la legislación previa emanada del poder bolchevique hubiera permitido sobrevivir.

Siberia: El fracaso de los intentos políticos de Organización Antibolchevique

En septiembre de 1918 tiene lugar en la ciudad siberiana de Ufa la unificación de dos

rudimentarios Gobiernos que se habían formado en la zona ante el triunfo bolchevique en Petrogrado. Una única estructura capaz de hacer frente a los nuevos poderes comienza a organizarse, dominada por los socialrevolucionarios, expulsados del Gobierno por los soviéticos. El denominado **Frente de la Constituyente**, localizado en la ciudad de Omsk, se considera representante de los intereses de todo el pueblo ruso, en base a la formación de una Asamblea —**Duma**—autodeclarada «depositaria de todo el poder civil en Rusia». El carácter autonomista de esta organización, política y militar al mismo tiempo, no tardará en demostrarse palpablemente. Siberia pretende, aprovechando los confusos momentos que vive el antiguo Imperio, dejar de ser el gran espacio vacío y explotado que tradicionalmente ha constituido. Estas ansias autonomistas van a colocarse al lado de los intentos contrarrevolucionarios para conseguir la derrota de los bolcheviques. Y como en tantos otros movimientos autonomistas o independentistas, es la burguesía acomodada la que pretende hacerse con el control total. Para ayudarla en la consecución de estos fines, una voluntad popular contraria al Gobierno central —ahora revolucionario— parece ser el mejor apoyo en el camino del autogobierno.

Un factor nuevo viene a sumarse a la compleja situación en la zona. Es la Legión Checoslovaca. Creada por el Gobierno Kerenski a base de prisioneros de guerra checos y eslovacos decididos a luchar contra su opresor el Imperio Austrohúngaro, la Legión toma, a fines de 1918, el camino del Extremo Oriente con la finalidad de embarcar hacia su país. Pero las autoridades aliadas, de acuerdo con el líder checo Masaryk, deciden que esta formación militar sirva de apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias en Siberia. De esta forma, los soldados centroeuropeos pasarán a ejercer una decisiva influencia sobre los acontecimientos que se sucederán en la zona a lo largo de los meses siguientes.

En la ciudad de Omsk, sede del Gobierno presidido por un Directorio civil, y nido, al mismo tiempo, de intrigas políticas y militares, de traficantes y espías, los altos mandos conservadores instigan al almirante Kolchak para que mediante un **putsch** ponga fin al sistema instituido. De hecho, dada la confusa situación y debido también a los manejos militares, las autoridades civiles no logran dominar la situación, y todo el mundo espera el ascenso de los militares al poder. En la noche del 17 de noviembre de 1918, el

almirante Kolchak, ministro de la Guerra del Directorio, asume las funciones de jefe supremo de todas las fuerzas terrestres y marítimas. Los militares conservadores, apoyados por los grandes hombres de negocios siberianos, alcanzan de esta forma el poder directo, por medio del prestigio del almirante Kolchak, que mediante el golpe viene a «instaurar un régimen de orden tras el aplastamiento de los podridos políticos». Es el fin de las esperanzas en una organización política civil que sirviese de recambio al poder bolchevique en el caso de que las fuerzas contrarrevolucionarias consiguiesen la victoria final en la guerra civil que comienza a perfilarse. La presión de las potencias occidentales, que obliga al almirante Kolchak a definirse hacia posiciones seudoliberales, no es suficiente para contrarrestar el impulso de las formaciones más reaccionarias, que vienen a protagonizar los hechos en el escenario siberiano.

Pero la degradación social que reina en la retaguardia impide que los éxitos que en el frente obtienen las fuerzas de Kolchak y la Legión Checa se traduzcan en realidades permanentes. Ni siquiera la matanza de la familia Romanov, producida en la ciudad de Ekaterinemburgo el 17 de julio de 1918, había sido suficiente, a pesar de toda su inmensa repercusión, para conseguir organizar de algún modo la ofensiva contrarrevolucionaria en Siberia. Con todo, este frente siberiano será el más protegido por los aliados a lo largo de la guerra.

El fin del Frente Siberiano

A pesar de los apoyos europeos, cuyas potencias no ocultan su intención de reconocer a Kolchak como **Regente Supremo de Rusia**, el frente siberiano no logra obtener nunca la cohesión necesaria para aprovechar los resultados de hechos militares afortunados, como la ofensiva sobre Moscú, en abril de 1919. Los jefes de gobierno de las potencias aliadas y del Japón inducen en esos momentos al general Denikin, que opera en el frente sur, a reconocer a Kolchak como jefe supremo, en dirección a unificar la lucha antibolchevique. Pero la aceptación de Denikin no fortalecerá en absoluto el poder de Kolchak, cuando ya su ofensiva sobre la antigua capital retrocede apresuradamente ante la inesperada reacción del Ejército Rojo, dirigido personalmente por Trotski.

En el otoño de 1919, las fuerzas comunistas, a pesar de su precaria situación, logran em-



El general blanco Denikin, jefe supremo de los Ejércitos del Sur de Rusia. Meses antes de la derrota final entregará el mando y partirá hacia el exilio. Considerado como la mentalidad más democrática de los generales blancos, fallece en los Estados Unidos en el año 1947.

pujar a las fuerzas blancas de Siberia y obligan al propio Kolchak a abandonar su capital de Omsk, mientras ya destacamentos rojos ocupan los arrabales de la ciudad. La situación se hunde definitivamente cuando las fuerzas revolucionarias toman posiciones a lo largo de la línea del Transiberiano, hasta entonces controlado exclusivamente por los ejércitos blancos. Amparado por la Legión Checa, Kolchak se traslada a la ciudad de Irkutsk, en manos ahora de un comité revolucionario, que acabará por entregarlo a las nuevas autoridades bolcheviques. Abandonado por sus fuerzas en la desbandada, el almirante es condenado a muerte y ejecutado en febrero de 1920.

Tras estos hechos, el frente siberiano se desmorona rápidamente. El poder bolchevique domina sobre todo el extenso territorio, mientras en el extremo oriente prosigue el reembarque de las fuerzas aliadas. Solamente se mantendrá, durante poco más de dos años, una **República del Extremo Oriente**, organizada y amparada por el Japón, es-

tablecida con el ánimo de proteger intereses económicos nipones en el continente asiático. Pero, aparte de esta cuestión marginal, el predominio rojo es en toda la extensión de Siberia indiscutible y definitivo. La unidad de fines y de mandos que dirigen al Ejército Rojo, comandado de forma inflexible por León Trotski, será el factor fundamental en las situaciones de enfrentamiento contra las fuerzas blancas, debilitadas por una retaguardia corrompida y por una falta total de ideales de organización. La actitud de la población, cada vez más opuesta a las arbitrariedades de los contrarrevolucionarios que no ofrecen opciones positivas, será también un factor determinante a la hora de intentar un análisis de las causas del hundimiento del frente blanco.

Los frentes del Norte: Yudenich ante Petrogrado

La presencia aliada en el extremo norte de Rusia, iniciada en marzo de 1918, se trasluce de forma política en la formación de



El general Yudenich dirige la ofensiva blanca sobre Petrogrado. Fracasada su maniobra por la reacción del Ejército Rojo, deberá abandonar definitivamente el intento.

un Gobierno Supremo de la Rusia del Norte, controlado en principio por los socialdemócratas y muy pronto dirigido, por medio de un golpe similar al de Kolchak en Siberia, por los militares conservadores encabezados por el general Miller, que reúne en su mando los poderes civil y militar. Mientras es apoyado por los británicos, que operan desde sus bases de Murmansk y Arcángel, Miller soporta los ataques de las fuerzas rojas. Pero tras la retirada de los ingleses, que le dejan solo ante el empuje soviético, Miller se mantiene difícilmente hasta febrero de 1920, en que embarca hacia Noruega junto con sus más próximos colaboradores. De esta forma, junto a la desaparición del frente siberiano, el Ejército rojo tiene las manos libres para actuar sobre el sector sur del país, dirigido por Denikin y Wrangel.

Otro general de prestigio, Yudenich, respaldado por la Gran Bretaña y por el Gobierno de la nueva República de Estonia, había formado en Reval un Gobierno del Noroeste de Rusia. Las intrigas políticas, repetidas en todas las formaciones gubernamentales organizadas por los contrarrevolucionarios, se reproducirán en la capital estoniana, dejando a Yudenich muy poco margen de actuación eficaz en su intento de ocupación de la capital rusa, Petrogrado, en el otoño de 1919. Cuando se presenta la amenaza de un acuerdo entre bolcheviques y estonios, lo que anularía su única plataforma de actuación, el general decide lanzarse al ataque de la ciudad. Tras un avance fácil, y estabilizado el frente en los suburbios de la capital, el abandono de los voluntarios procedentes de Estonia junto a la actitud de las fuerzas



Carteles publicados por los bolcheviques atacando la acción de las fuerzas blancas, consideradas como representantes del régimen derrocado.

británicas, que se limitan a mantener en la costa báltica buques de observación, detienen su avance.

Pero la sensación de peligro por parte bolchevique es acuciante. El propio Lenin decide abandonar la ciudad, pero es disuadido por Trotski, que en su célebre tren blindado llega al frente y consigue que su Ejército Rojo expulse a las tropas blancas hasta más allá de las fronteras rusas. A punto de lograr su triunfo, es el fracaso definitivo de los intentos revolucionarios en el sector norte de Rusia. Termina la aventura de Yudenich cuando embarca con los restos de sus fuerzas y toma el camino de la última retirada que le llevará a las costas alemanas.

El frente Sur: los voluntarios de Denikin

Inmediatamente después de producido el asalto bolchevique al poder, grandes fuerzas militares se habían reunido en la zona del Cáucaso con la finalidad de organizar desde allí una fuerte resistencia, que contaba desde el principio con el apoyo caluroso de los aliados. Un amplio grupo de generales monárquicos y reaccionarios se dan cita en el Sur: Krasnov, Memontov y el mismo Kornilov, cuyo fracasado golpe contra el Gobierno Kerenski parece haber sido la señal de alerta para los altos jefes militares opuestos al cambio revolucionario. En muy pocas semanas la situación se clarifica, debido a la muerte física o política de los mandos más prestigiosos. El general Denikin, con posiciones políticas de entre las más democráticas, accede al poder y dirige la formación de un ejército de voluntarios al mismo tiempo que emite ambiguas declaraciones acerca del futuro de Rusia, una vez liberada del dominio bolchevique.

El denominado **Ejército del Sur de Rusia** consigue enseguida la participación de las fuerzas cosacas, que intentan de esta forma obtener para su pueblo una alta autodeterminación. A partir del centro directivo situado en la ciudad de Ekaterinodar, las fuerzas blancas de Denikin obtendrán en los primeros meses decisivas victorias sobre el Ejército Rojo, que no ha terminado todavía de organizarse. Los contrarrevolucionarios ocupaban las ciudades claves de Kiev —la capital ucraniana—, Jarkov y Tsaritsin, la futura Stalingrado.

El aspecto político será también uno de los motores de la evolución del frente del Sur.



Lev Bronstein —Trotski— (1879-1940), comisario de Guerra durante el conflicto civil. Forjador del Ejército Rojo, su figura mítica está estrechamente ligada a las vicisitudes de la Revolución, que no puede concebirse sin su decisiva aportación personal.

Denikin personalmente no demuestra mucho interés en la restauración de una monarquía encabezada por algún miembro superviviente de la familia Romanov. El Gran Duque Nicolás, tío del zar y ex generalísimo de los Ejércitos rusos, ahora refugiado en Crimea, reúne en esos momentos en torno a su persona a todos aquellos que esperan ver la resurrección de la monarquía autocrática. Pero por el momento, Denikin prefiere establecer un principio de dictadura militar, si bien atemperada por la existencia de un embrión de Asamblea legislativa y de un **Consejo especial** de Gobierno. De hecho, aunque en los círculos políticos de Ekaterinodar, de



El almirante Kolchak encabeza las fuerzas blancas que operan en Siberia e intentan la toma de Moscú.

Sebastopol y de Odesa se habla cada vez con mayor insistencia del proyecto de una Constitución para los territorios denominados **liberados**, Denikin mantiene firmemente el mando único y los poderes absolutos en su mano, apoyado por una burguesía nada proclive a posturas democráticas.

Las ciudades dominadas por las fuerzas blancas del sur ofrecen el mismo aspecto que las de Siberia y el extremo oriente en donde los generales contrarrevolucionarios han situado sus bases de operaciones y sus centros administrativos. En Odesa y Sebastopol, la corrupción alcanza a todos los niveles, favorecida por la existencia de sus respectivos puertos, entrada de todos los aprovisionamientos que los aliados envían como contribución a la **cruzada** antibolchevique en que se han empeñado. Por otra parte, la posesión de importantes reservas del oro nacional



El Gobierno de la Regencia de Rusia, constituido en la ciudad de Omsk bajo la presidencia del almirante Kolchak, proclamado y reconocido como jefe supremo de todas las fuerzas que luchan contra el poder bolchevique.



El almirante Kolchak pasa revista, en Omsk, a la Legión Checa, acompañado por el capitán Gaida. La aparente fortaleza de la organización blanca en Siberia no tardaría en demostrar su verdadera debilidad.

ruso presta al Gobierno de Denikin una especial potencia, que en los primeros momentos se traduce en espectaculares victorias, que llevan al Ejército del Sur hasta muy cerca de un Moscú ya amenazado desde el Este por las fuerzas de Kolchak, en la primavera de 1919. Es el momento de mayor peligro para el régimen bolchevique, con sus dos centros neurálgicos en riesgo de caer en manos de las fuerzas enemigas, ya que las ofensivas sobre Moscú vienen a coincidir —aunque no de manera programada— con el ataque de Yudenich contra Petrogrado.

Pero las fuerzas blancas, y con ellas los aliados, no alcanzan a darse cuenta de la oportunidad del momento y dejan pasar una ocasión que a la larga se revelaría como única. La unificación del mando sobre los territorios y ejércitos dominados por los blancos, que los aliados pretenden entregar a Kolchak, hace que Denikin acepte un papel secundario dentro del esquema general, a pesar de las protestas de la Asamblea del Sur, que no quiere admitir la existencia de un mando superior radicado en Siberia. De hecho, lo que aparenta ser el definitivo camino hacia la victoria final de los blancos, no es más que el inicio de un imparable declive. A partir de esos momentos, todas las operacio-

nes estarán decididas por el Ejército Rojo, y tanto en el frente del Este como en el del Sur, se producirá el mismo esquema que refleja un retroceso ya nunca detenido. Si bien, en el Sur, el frente se mantendrá durante más tiempo que en Siberia, en poder de los bolcheviques, definitivamente desde la ejecución de Kolchak.

El general Wrangel y el colapso del frente del Sur: el gran exilio

A pesar de la fuerte ayuda aliada, que afluye a los puertos del mar Negro en forma de armas, municiones y mercancías, las fuerzas de Denikin no pueden soportar el empuje de los rojos. Al mismo tiempo, partidas de anarquistas asolan el territorio ucraniano, apoyando en unos momentos a los blancos y en otros a los bolcheviques, y contribuyendo en definitiva a la total confusión de la situación. La ya legendaria figura del **bandido** Machkno, el más conocido de todos los jefes anarquistas, personalizará durante mucho tiempo los momentos que vive el país bajo la presión de varios ejércitos, y sacudido por la revolución, la contrarrevolución, la guerra civil y la invasión extranjera. Tiempos espe-



El general francés Janin y el británico Knox se reúnen con Kolchak poco antes de que el almirante fuese entregado a las fuerzas bolcheviques por sus mismos aliados, checos y franceses. El fusilamiento de Kolchak pone fin a las acciones bélicas en el frente siberiano.

cialmente difíciles para las grandes minorías de judíos ucranianos que, al calor de los acontecimientos, son sometidos a sangrientos **progroms**, dentro de la larga tradición antisemítica del pueblo ruso.

El general Denikin, incapaz de hacer frente a la situación, marcha al extranjero y deja al barón Wrangel el mando de las fuerzas del Sur. Moscú ya está perdido irremisiblemente, y los débiles esfuerzos de Wrangel solamente hacen posible la exhibición de la gran diferencia de fuerzas entre los dos contendientes. El Ejército Rojo, libre de las trabas que le presentaba hasta entonces la invasión polaca, se lanza a fondo contra el Sur. Wrangel es reconocido como **Jefe Supremo** de Rusia por el Gobierno francés, pero no por el británico, pero esto no impide de hecho que sucesivamente sean abandonados todos los puertos esenciales. Caen Kiev y Odesa, tradicional nido de contrabandistas y conspiradores, que en los años de la guerra civil habían vivido sus días de mayor esplendor. Acorralado en la península de Crimea, Wrangel se ve obligado a embarcar en el puerto de Sebastopol en el mes de noviembre de 1920, junto con todos los refugiados procedentes de multitud de lugares del antiguo Imperio que tienen la suerte de hallar sitio en alguno de los navíos que están fondeados en los muelles.

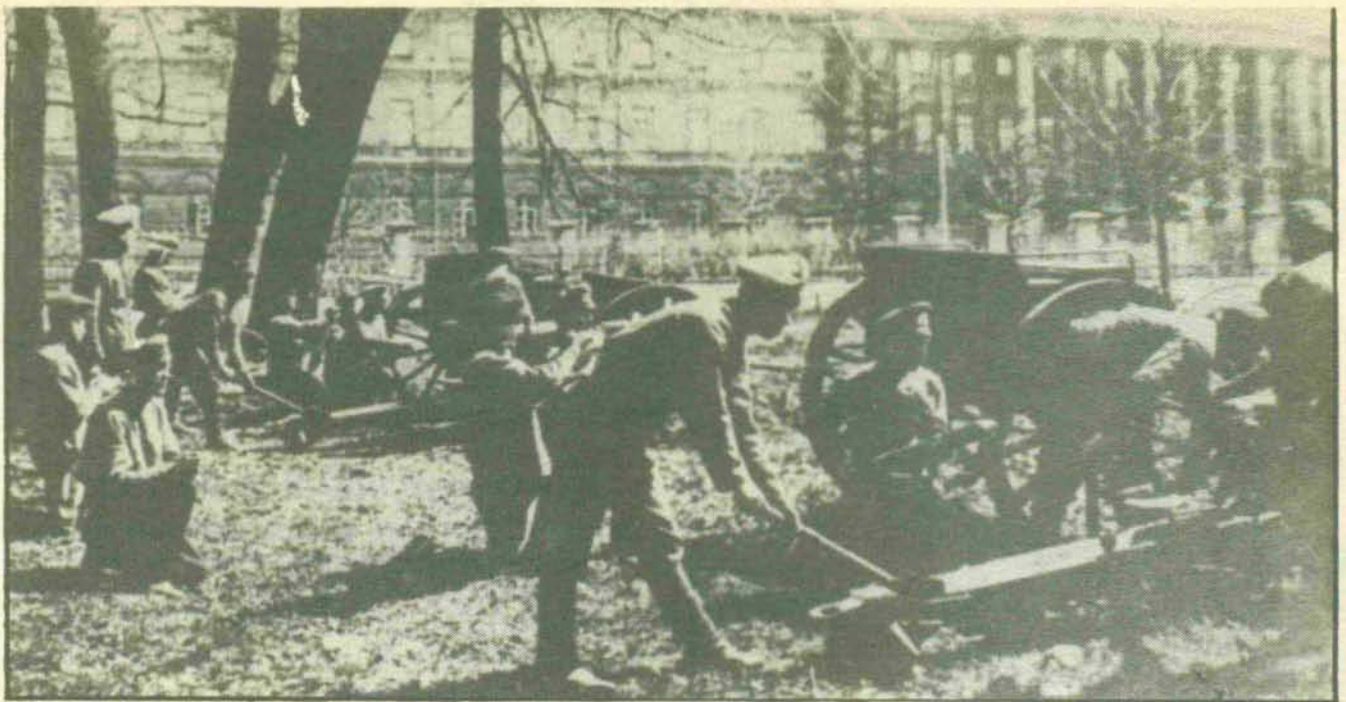
Ciento veintiséis barcos transportarán a lo largo de muy pocos días a unas ciento cincuenta mil personas, que constituirán el grueso de la emigración rusa blanca que durante los años posteriores se expandirán por los países de la Europa central y occidental. La mayoría de estos emigrados, pertenecientes a las clases burguesas, urbanas e ilustradas, formarán verdaderas colonias con características propias en Praga, en Berlín, en



Frunze, uno de los «históricos» de la Revolución que pereciera en las purgas estalinianas de los años treinta. En su honor, la Academia de Guerra soviética lleva su nombre.

París y la costa del sur de Francia. Y serán retratados literariamente por la pluma de uno de ellos, el novelista Wladimir Nabokov, verdadero prototipo de este extenso grupo de desarraigados apátridas, muchos de los cuales terminarán pasando, empujados por la segunda guerra mundial, al otro lado del Océano, para establecerse en los Estados Unidos.

Tras el hundimiento del frente sur, caen uno tras otro todos los Gobiernos menores que, al amparo de los aliados, se habían formado en la zona de Rusia lindante con Turquía e Irán. A la evacuación británica del Cáucaso sigue la ocupación soviética de Georgia, Azerbaidjan y Armenia. Y a pesar de que las revueltas locales no terminarán hasta dos años más tarde, los bolcheviques pueden considerar que, en las primeras semanas del año 1921 —hace ahora sesenta años— se produce la



El Instituto Smolny, sede del poder soviético, es defendido por la artillería durante el asedio a que el general Yudenich somete a Petrogrado. Durante la guerra civil, ninguna de las dos capitales históricas de Rusia —Moscú y el antiguo San Petersburgo— caera en manos de las fuerzas blancas.

pacificación general del territorio y con ella el final efectivo de la guerra civil.

La dramática trayectoria de los generales blancos proseguirá para algunos de ellos en el tiempo y en el espacio hasta mucho más allá de la derrota y la retirada del territorio de su patria. Krasnov, emigrado en un arrabal de Berlín, formará en el año 1941, cuando se produzca la invasión alemana de la Unión Soviética, unas unidades cosacas **antibolcheviques** que lucharán al lado del ocupante germano. Detenido el general en 1945 por los británicos, es entregado a las autoridades soviéticas y ejecutado como traidor a la patria. La misma suerte correrá Semenov, detenido en Manchuria también en 1945, y juzgado y ejecutado en Moscú un año más tarde.

Los finales más vidriosos son los de aquellos casos en los que aparece evidente la intervención de los servicios secretos soviéticos, siempre preocupados por anular cualquier posibilidad de oposición, siquiera simbólica. El general Miller es secuestrado en París en 1938 y desaparece sin dejar rastro, tras suceder a Kutiepov, también desaparecido en circunstancias similares, como dirigente militar de los exiliados blancos. La mano de Stalin también se había dejado notar años antes en el asunto más relevante del general Wrangel, refugiado en Bruselas y muerto en 1930 de una forma misteriosa, con toda probabilidad envenenado. Por su parte, tanto Yudenich como Denikin terminarán sus días de forma natural. El primero en el Sur de **Francia poco antes de la segunda guerra mundial**, y el segundo en los Estados Unidos en el año 1947.

Las causas del fracaso blanco en la guerra civil

A pesar de haber dominado en algunos momentos las zonas más fundamentales del territorio ruso, las fuerzas blancas caen ante el empuje del Ejército Rojo, organizado y dirigido por Trotski y formado por las clases obreras y campesinas imbuídas de espíritu revolucionario. Los blancos, nunca admitidos totalmente ni siquiera por la clase burguesa, ya que representaban intereses del signo más abiertamente reaccionario, no van a contar tampoco con el apoyo de los niveles populares, ni entre el proletariado urbano ni entre la población campesina, que mantiene su secular postura de pasividad y resistencia solapada a cualquier intento de manipulación. A este fracaso dentro de la sociedad rusa, se unen otra larga serie de factores, tales como la falta de unidad ideológica y la ausencia de fines específicos entre los diferentes sectores de la ofensiva contrarrevolucionaria.

En efecto, los dirigentes blancos ofrecen una amplia gama de posiciones políticas conservadoras, pero nunca alcanzan un nivel mínimo de concierto entre ellas. Tampoco sus medidas prácticas y su actuación les granjean una situación favorable entre la población mayoritariamente campesina, que ya espera una rápida reforma agraria que los blancos no van a llevar a cabo. La cuestión agraria, básica en la organización social rusa, aportará los mayores apoyos a los bol-



El General Barón Wrangel, jefe de las fuerzas blancas en el frente sur tras la marcha de Denikin. Bajo su mando, tendrá lugar la gran huida de refugiados a través de los puertos del Mar Negro.

cheviques, empeñados en ella desde los primeros momentos de la revolución.

Desde una perspectiva técnica, la debilidad de las fuerzas blancas se denota desde el principio de la guerra, comparada a la rígida y eficiente actuación del Ejército Rojo, que contribuye de forma decisiva a la creación del patriotismo soviético, forjado a través de la lucha contra el enemigo contrarrevolucionario apoyado por países extranjeros. Este patriotismo, adormecido bajo la dictadura estaliniana, resurgirá vigorosamente en junio de 1941, cuando los ejércitos alemanes invadan el territorio soviético, y será una de las principales bazas utilizadas por Stalin para evitar la desmembración del país y la derrota subsiguiente.

Muy interesante resulta también, al intentar una aproximada síntesis de las causas de la derrota, la posición política de los más altos jefes blancos. De hecho, la mayor parte de todos los cuadros de mando son totalmente hostiles a la política y a los políticos. Y por supuesto, nunca llegarán a comprender las ansias autonomistas de las diferentes nacionalidades, que en un principio les apoyan

esperando ver cumplidos sus deseos, pero que no tardan en conocer la realidad del pensamiento reaccionario y uniformizador de los generales contrarrevolucionarios. Esta final toma de conciencia de ucranianos, de cosacos, de georgianos y de tantos otros grupos étnicos, vendrá en definitiva a coadyuvar al fracaso blanco ante el empuje perfectamente organizado de los bolcheviques.

Rusia a principios de 1921: organización y reconstrucción

A lo largo de los años de guerra civil, el poder bolchevique ha debido hacer frente, tanto a un conflicto interno con participación extranjera, como a una invasión exterior por parte de una Polonia expansionista que aprovecha la debilidad de su antigua dominadora para ocupar importantes zonas de Ucrania. En los meses centrales de 1920, la reacción soviética sin embargo empuja a los polacos hasta las mismas puertas de Varsovia, que se salva del ataque —dirigido por el general Tujachevski— gracias a la intervención de fuerzas aliadas encabezadas por el general francés Weygand.

A pesar de estos continuos avatares que ponen en peligro la existencia misma del régimen, los dirigentes bolcheviques mantienen en alto el liderazgo de la revolución mundial e inspiran todo tipo de movimiento revolucionario que se produzca fuera de sus fronteras, hasta el momento en que el pragmatismo de quienes prefieren la consolidación de la revolución en Rusia se opone al pensamiento de los partidarios de Trotski, que propugna por el contrario el mantenimiento de la idea de la revolución mundial. De hecho, el país, desangrado y exangüe, no puede permitirse ser ya el inspirador de transformaciones exteriores que solamente pueden suponerle a la larga desventajas materiales debidas a la lógica reacción de las potencias burguesas, de las que precisa para sobrevivir.

De esta forma, terminan los movimientos revolucionarios en toda la Europa central, y las posturas pragmáticas suceden al idealismo utópico de los primeros momentos de euforia revolucionaria. Desde una perspectiva lógica, Rusia —país agrario y retrasado— no sería capaz de dirigir transformaciones sociales dentro de otros Estados, como la misma Alemania, con estructuras industriales y por tanto diferentes y desconocidas para los rusos. Cuando ya finaliza la guerra civil, se

observa el fin de la etapa de expansión del revolucionarismo. Es el momento del recogimiento y de la preocupación por los problemas más próximos, que en esas circunstancias se centran en varios puntos concretos: organización de la reconstrucción, nueva dirección de la economía, y ordenamiento definitivo de la sociedad rusa. Y, sobre todo, consolidación del poder soviético como superestructura y base del nuevo Estado.

En las primeras semanas del año 1921, establecido el Gobierno soviético como único poder legal sobre todo el territorio ruso, va a enfrentarse a unas condiciones morales y materiales que, dada su magnitud, afectarán decisivamente a todo su desarrollo posterior durante décadas. El país y su población han sido duramente castigados por la guerra, devastado uno y diezmada la otra en las sucesivas operaciones bélicas, que han dañado a las zonas más ricas. Los niveles de producción en todos los sectores descienden a un grado muy inferior al alcanzado en 1914, mientras el descontento de la población, sobre todo entre el campesinado, crece ante las condiciones de vida que debe soportar. Solamente la férrea dictadura encabezada por Lenin, funcionando por medio de una numerosa y creciente burocracia, y apoyada de forma determinante por la acción de la policía secreta —la **Cheka**— y por el entusiasmo revolucionario del proletariado, será capaz de mantener el sistema e introducir al país por el camino de la industrialización.

Institucionalmente, los bolcheviques habían quemado etapas durante la guerra, en su intento por lograr una formalización del régi-

men surgido por el golpe de octubre. Siguiendo esta línea, ya en julio de 1918 es aprobado por el Congreso de los Soviets un proyecto de Constitución para el pueblo ruso y el Estado soviético. Se trata de un texto, que estará vigente hasta 1936, que recoge y enuncia todos los principios clásicos de la teoría de la izquierda europea del siglo XIX, y que viene definitivamente a anular la presencia social de todas las clases anteriormente privilegiadas en favor del teórico protagonismo de los amplios sectores del trabajo asalariado. Dentro del aparato estatal, los bolcheviques, aún sin contar en absoluto con la mayoría, se adueñan de todo el poder, mientras sus oponentes, los mencheviques, son silenciados e ignorados, incluso en sus figuras más prestigiosas que representaban el continuismo —ahora superado— de la vieja y tenaz tradición revolucionaria del pueblo ruso, a la que pertenecieron tantas figuras de la vida literaria, siempre entroncada con la difícil realidad del desarrollo de la historia de Rusia. (3) .

En los años siguientes, la nueva política económica —la NEP—, junto con una gradual apertura al exterior, interesado en los recursos del inmenso país, harán posible una casi increíble recuperación, realizada a costa de enormes sacrificios soportados por el pueblo. Hoy, a los sesenta años de estos hechos, puede intentarse ya, desde perspectivas diferentes, una aproximación al análisis de los resultados de un proceso revolucionario que han configurado la realidad del mundo durante este siglo. ■ **J.M.S.M.**

(3) Ver: «Los novelistas rusos ante la Revolución», *TIEMPO DE HISTORIA*, núm. 56. Julio de 1979.



Imagen del último Gobierno ruso blanco bajo la presidencia de Wrangel. Son las semanas finales del año 1920 en Crimea. La guerra civil está viviendo su desenlace.